

— No hay por qué darme gracias, porque yo no tengo ningún mérito en creer en vos. La fé no se ordena, se impone; y yo tengo esa fé.

— ¡Alma querida! exclamó M. José, á la que ni la aparente indignidad de mi conducta, ni el involuntario misterio de mis respuestas han podido turbar!... Habeis permanecido tranquila y confiada en el regazo de vuestra propia conciencia, y como sois incapaz de hacer traicion, no podeis concebir que se os la haga.

No, Cipriana, santa querida, no sereis vendida ni engañada; haceis bien en apoyaros en mi brazo, porque este brazo no desfallecerá si fuese necesario defenderos. Teneis razon en creer en la sinceridad de mi corazon, porque este corazon no sabe mentir y no hay en él ninguna de sus fibras que no palpíte por vos, ni una sola gota de la sangre que contiene que no la derramase por vos con gusto y con delicias.

— Ya lo sé, dijo Cipriana con sencillez, lo sé, José, y porque estoy segura de ello, por eso yo tambien me he entregado á vos, sin ninguna segunda intencion, del mismo modo que vos os habeis entregado á mí.

A donde me llevais, yo lo ignoro: ese secreto es el vuestro, y no el mio. Vos sois mi señor y mi dueño; me lo revelareis cuando me creais bastante fuerte para guardarlo y bastante digna para conocerlo.

Hasta ese dia, amigo mio, ordenad y yo os seguiré y obedeceré, aun cuando lo que exijais me parezca incomprendible. Con vos, José, mi corazon no discute, obedece; y no razono, tengo fé.

El aire era suave y las estrellas brillaban en los inmensurables espacios de un fondo de azul oscuro.

Él y ella habian salido dominados ambos por el mismo éxtasis, embriagados por el mismo sentimiento de ternura, como dos palomos en su nido movedido colocado en las extremidades de la rama de un árbol.

Marchaban pensativos y encantados bajo las amistosas miradas de los ángeles y de los astros, y por encima de sus cabezas brillaba con su blanco resplandor la estrella Venus.

Caminaban sin ruido y silenciosos por el laberinto del parque, buscando los sitios mas sombríos, pero gozando de su mútuo silencio; silencio estático y expresivo que permitía á sus corazones el comunicarse sus reciprocos sentimientos de gozo y alegría.

José fué, sin embargo, el primero que rompió este silencio, diciéndola:

— Cipriana, á partir de esta noche, sois mi mujer delante de Dios. Teneis derecho para leer en el libro de mi vida, como yo he leído en el de la vuestra. No haya ya mas misterios entre nosotros, no haya ya mas secretos...

Cipriana le interrumpió vivamente.

— No es por eso por lo que yo he venido. Me he afligido mucho al pensar que hubieseis podido abrigar la idea de que yo dudaba de vos en lo mas mínimo, y para deciros que no la tenia, es por lo que he venido.

Guardad, pues, ese secreto, si es útil el que yo lo ignore; os repito que las apariencias no me hacen á mí nada, por-

que leo en vuestro corazon tan claramente como pudiera hacerlo en el mio. Veo en él una completa abnegacion, una ternura protectora que no se ha desmentido nunca y que no se desmentirá; ¿qué necesidad tengo yo de saber mas?

Estrechándola él contra su pecho, le replicó:

— ¿Pero si yo tuviera necesidad de decirtelo... si no pudiese ya llevar yo solo la carga de mi soledad y de mi tarea, y su peso se me hiciese insostenible... si quisiese repartirlo... y si me fuese, en fin, en extremo penoso el tener algo secreto y desconocido para tí?...

— ¡Oh! en ese caso, dilo todo, exclamó ella, dilo todo, si; yo estoy dispuesta á oirlo, y sea de la clase que quiera la revelacion que me hagais y por penosa que sea, está convenido que no me hará cambiar en nada, y que nunca me impedirá el amarte.

Otra pálida estrella, la luz del oratorio, enviaba su amortiguado reflejo por entre las espesuras del follaje.

José se la mostró con la mano á Cipriana admirada.

— No soy yo el que descubrirá ese secreto, le dijo: será ella, la que está orando y llorando allá arriba; la que nos ha protegido, sostenido, salvado; aquella á quien somos deudores de este momento de felicidad completa; aquella, dentro de algunos momentos, va á abrirte los brazos y á llamarle su hija, como ya me llama á mí su hijo; la protectora, en fin, de todos aquellos que sufren, el consuelo de todos los que lloran: la condesa de Monte-Cristo.

Sí, ella es la que te revelará ese secreto, porque es un secreto que solo á ella pertenece y que solo ella tiene el derecho de descubrir y de rasgar el velo.

¡Ah! ¡si supieras cuán pesado me era el guardar silencio!

Cuando te he visto atormentada por la duda, por el dolor, por la angustia, ¿crees que no he padecido yo tambien contigo?

Una sola palabra habria bastado para que todos nuestros sufrimientos desapareciesen y tú pudieses ver claro en tu vida como en la mia, entrando en seguida en el bendito puerto del amor.

Pero ella lo queria así, y era preciso obedecer.

Hoy iremos á verla, y yo le diré:

— ¡Madre! aquí traigo á vuestra hija, abridle vuestra alma, descubridle en toda su sublimidad la obra que os habeis impuesto. Y entonces estoy cierto que ella hablará, y vos conoceréis, Cipriana, la razon de mi conducta y mi silencio para con vuestro padre; entonces podreis ser para con él la garante de mi honor.

Habian vuelto á entrar en el invernáculo, y José conducía á Cipriana con paso rápido hácia la escalera secreta del oratorio.

Subieron de dos en dos los escalones, porque José estaba presuroso de llegar.

Pero cuando llegaron arriba, se encontraron con el obstáculo invencible de hallar la puerta cerrada.

Aquella puerta tenia un secreto que nadie mas que él conocia; era un boton oculto y disimulado en las molduras que correspondia á un timbre interior.

Por medio de él era como avisaba á Elena siempre que sucedia algun acontecimiento extraordinario é inesperado que exigiese su presencia, durante los largos encierros que ella se imponia voluntariamente algunas veces.

Como José no habia abusado nunca de esta señal, la condesa habia respondido siempre á ella; pero ahora, por mas que M. José hacia vibrar el timbre, nadie se movia en el oratorio.

Una vaga inquietud se apoderó entonces de su corazon.

Dió fuertes golpes con los piés, con las manos, en la puerta forrada con una plancha doble de hierro, pero todo inútilmente.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó enjugándose el sudor que humedecía su frente, ¿qué ha ocurrido aquí dentro?

Se volvió á bajar corriendo al jardin, y miró hácia la lumbrera del oratorio.

Veíase brillar todavia la luz, pero con un resplandor tan débil que apenas se la distinguia.

En seguida aquella luz se amortiguó, volvió á brillar con un vivo resplandor durante algunos momentos, y por último desapareció como si alguno la hubiese apagado de un soplo.

La inquietud de José entonces ya no conoció limites.

Ya no era solamente porque la condesa de Monte-Cristo hiciese sus revelaciones á Cipriana por lo que José queria entrar allí arriba, sino que entreveia un peligro terrible y desconocido, tanto mas espantoso cuanto que no podia presumir de qué especie seria aquel peligro.

No se daba cuenta del por qué tenia miedo: pero lo tenia.

Era preciso entrar en el oratorio.

Pero ¿cómo?

Aun sirviéndose de una palanca, de una estaca ó de un instrumento cualquiera, José sabia que la puerta resistiria á todos los esfuerzos que se hiciesen para forzarla, pero mucho mas no teniendo á la mano ninguno de esos instrumentos.

Por una anomalia y natural contraste, cuanto mayor era su conviccion de la imposibilidad de forzar la puerta y de penetrar dentro del oratorio, tanto mayor era su deseo de hacerlo.

De repente le vino una idea á la imaginacion.

El espejo del cuarto del baron era un obstáculo menos invencible y resistente que la puerta forrada de hierro.

Aun suponiendo que desde el cuarto del baron no se pudiese hacer jugar el resorte, quedaba el recurso de hacer pedazos el espejo con lo primero que se presentase á la mano.

Si el jóven se hubiese parado á reflexionar un poco, no se habria arriesgado á ejecutar una locura de semejante especie.

¿No le habia prohibido formalmente Elena el que tratase de volver á entrar en el oratorio? Si ella no habia respondido á la señal de José, por repetida é importuna que hubiese sido, á lo menos habia apagado la lámpara, lo que probaba claramente que no queria abrirla.

M. José hubiera debido hacerse estas reflexiones, pero no se las hizo.

Aquella voz superior que no se quiere oír, y de la que no se hace caso muchas veces, que se llama el presentimiento, hablaba mas alto que su razon, y le decia:

— Es preciso que entres ahí á toda costa y de cualquier manera.

LX

LA VELADA DEL MUERTO.

En el mismo momento en que José y Cipriana pasaban desde el invernáculo al parque, M. de Puysaie se instalaba en el cuarto del baron Matifay.

El cadáver seguia acostado en su suntuoso lecho de parada, pero los cirios estaban apagados, y se habia cubierto el rostro del difunto con una punta del paño mortuorio.

El conde puso la lámpara sobre la mesa, y se sentó justamente en el mismo sitio en que Matifay habia escrito su confesion el dia anterior.

Este recuerdo volvió á hacer pensar á Loredano en todas las dudas que le habia hecho olvidar por un momento la singular y extraña confidencia de Larose.

¿Cuál de los dos mentía, Champion ó Matifay, cuyas relaciones de ambos coincidían con tanta exactitud en casi todos los puntos y detalles?

Hay ciertos momentos en la vida en los que, por despreocupado que uno sea, se halla dispuesto á dejarse dominar y admitir algunas creencias sobrenaturales.

Lo lúgubre del lugar y la hora, aquella vasta pieza cubierta de colgaduras negras sembradas de lágrimas de plata sobre las que venia á reflejarse la luz de la lámpara, aquel cadáver, cuyos miembros rígidos y angulosos empezaban á dibujar sus formas debajo el paño del catafalco, la impresion fantástica, aunque involuntaria, que habia hecho en su imaginacion la vista de aquella luz que no sabia de dónde procedia, y la relacion del ayuda de cámara, todo contribuia á predisponer su espíritu y hacer nacer en él una turbacion particular.

No era esto terror, seguramente; era una especie de ansiosa curiosidad, la certeza inconsciente de que iba á suceder alguna cosa que ignoraba, y el deseo vehemente de que esta cosa llegase á suceder.

¿Quién sabe las ideas extrañas que cruzan á veces por nuestra cabeza?

El cuerpo del baron iba quizás á enderezarse en su lecho, se abrían sus labios mudos para hacer oír una voz que no tendria nada de humano, una voz del otro mundo, y acabaria de completar su confesion.

Loredano habia abierto un libro, pero no leia mas que

con la vista; al cabo de diez minutos, si le hubiesen preguntado, no habría podido indicar siquiera ni el título del libro que hojeaba maquinalmente.

La luz de la lámpara hacia visos desmesurados sobre las colgaduras negras: algún poco de viento que entraba á veces por debajo de las puertas ó por las rendijas de las ventanas, hacia oscilar la luz, y entonces aquellas sombras se alargaban, se encogían, tomaban formas extrañas y fantásticas, y al verlas se hubiese dicho que el cuarto estaba poblado de seres misteriosos incapaces de ser distinguidos en sus verdaderas formas por los ojos de la carne.

Otras veces, se oían ruidos extraños, sordos y vagos rumores, zumbidos y crugidos de madera, cosas todas que no existían quizás más que en la imaginación de Loredano, el cual, al oírlos ó al figurarse oírlos, se estremecía, levantaba la cabeza y daba una mirada al rededor del cuarto, y veía que todo estaba en el mismo estado.

Como un efecto extraño pero muy natural en una imaginación preocupada y excitada que se lanza á hacer un viaje por los espacios imaginarios y fantásticos, en medio de la noche, á medida que esta avanzaba, y por lo mismo que no veía ni oía nada de sobrenatural ni extraordinario, el conde se aferraba en creer que se acercaba el momento en que iba á aparecerse alguna visión.

Quizás fuese esta convicción efecto del ardor mismo con que lo deseaba.

Cuando entró en el cuarto, venía con el ánimo tranquilo y la cabeza fría y despejada para que, en semejante predisposición de espíritu, pudiese ver nada desde luego; pero ahora y según la imaginación se le había ido acalorando, se hallaba muy dispuesto para la alucinación; sus ojos estaban turbados por el delirio de la imaginación que hace ver bajo formas imaginarias los objetos mismos que conocemos y nos son familiares.

De repente, en medio del profundo silencio que reinaba en el cuarto, silencio que hubiese dejado percibir el vuelo de una mosca ó el trabajo del telar de una araña, se oyó una vibración seca y metálica que hizo incorporarse á Loredano; pero en seguida se repuso y se sonrió él mismo de su sobresalto.

Era la campana del reloj que daba la media para las doce.

Sin embargo, casi en seguida se volvió á levantar como empujado por una conmoción galvánica; y esta vez estaba seguro de haber oído un gemido prolongado, doloroso, terrible.

Se apartó de la mesa y se fué hácia la cama con un paso sereno.

Nada: el cadáver permanecía allí, inmóvil.

Con una mano que, á pesar de su valor, le temblaba algo, levantó el sudario.

Los ojos de Matifay estaban cerrados, y cerrados también sus labios hinchados y amoratados. No eran pues aquellos labios los que habían exhalado un gemido semejante, gemido que el conde estaba cierto de haber oído.

Dió la vuelta por todo el cuarto, separó las colgaduras,

miró por todos los rincones, por debajo de los muebles, abrió y registró los armarios y alacenas, y golpeó las paredes con los nudillos de sus dedos, para ver si daban un sonido lleno y mate.

Pero no pudo descubrir nada, absolutamente nada.

— Sin duda me habré equivocado, se dijo.

Y volvió á arrimarse á la mesa.

Solamente que esta vez no trató de leer.

Cerró el libro, se puso de codos sobre la mesa, apoyó la barba sobre la mano, mirando con todos sus ojos y escuchando con todos sus oídos, con la mayor atención.

Era precisamente en este momento cuando José, al encontrar la puerta del oratorio cerrada, hacia la señal con el timbre para indicar á la condesa su llegada.

Trascurrió un largo intervalo, — algunos minutos tal vez que á Loredano le parecieron siglos, según la predisposición de ánimo en que estaba, — y al cabo de esta larga espera, volvió á oír como un soplo imperceptible que se iba elevando por grados, primero como un suspiro, débil como el quejido de un niño dormido.

Solo que este suspiro ó quejido continuó gimiendo sin interrupción.

Hubiérase dicho que aquel suspiro trataba de hacerse un grito, pero que estaba ahogado por algunas manos fantásticas, como las que soñamos que se ponen sobre nuestra boca durante una pesadilla, para impedirnos el respirar ó gritar.

Y, sin cesar, aquel suspiro se iba engrosando, haciéndose al principio rumor, después quejido, luego sollozo, y en fin, grito.

Pero, repito, grito ahogado que salía de una profundidad desconocida, como si viniese de debajo del piso.

De este modo es como llegan á través de la tierra á los oídos del sepulturero aterrado los gritos y lamentos de una persona que ha sido enterrada viva.

Y según y conforme se iba aumentando aquel quejido y haciéndose más claro, Loredano, con las manos agarradas á la mesa para no caerse, porque sus rodillas se le doblaban, se enderezaba cuanto podía y tenía los ojos dilatados, la boca abierta, los cabellos erizados.

¡Oh! es que esta vez estaba bien seguro que no era ilusión, ni engaño.

¿Pero de donde venía ese grito, ese gemido, esa cosa indefinible, sin nombre é imposible de expresarse en ninguna lengua, según lo horrible que era?

¿De donde?

Esto era lo que había que averiguar.

Excitado el conde y aguijoneado por el espanto, se precipitó como un frenético en medio del cuarto y volvió á hacer una nueva investigación, pero sin orden esta vez; con locura, arrancando las colgaduras, trastornando y echando los muebles por el suelo, abriendo de par en par las puertas, y hasta profanando el lecho enlutado sobre el que se hallaba durmiendo el sueño eterno « el hombre más rico y más honrado de Francia. »

Pero nada, nada, y siempre nada.

Y mientras tanto, seguía oyéndose el gemido, pareciéndose ahora al clamor de una persona agonizando.

Resonaba por todo el cuarto y vibraba desesperadamente en los oídos de Loredano.

Y por más que se los tapase con las manos, oía siempre aquel grito.

Un cuarto de hora entregado á semejante sensación lo habría vuelto irremisiblemente loco.

En fin, rendido, desesperando ya de poderse explicar aquel horrible fenómeno por medio de los simples luces de la razón, se dejó caer sobre un asiento, cerró los ojos para no ver, se tapó los oídos para no oír, y llegó á desear un completo aniquilamiento, preferible mil veces á aquel terror demasiado punzante é insoportable para las fuerzas humanas.

Pronto volvió á estremecerse de nuevo. Oyó abrirse detrás de él una puerta y resonar en el pavimento el paso firme de una persona, luego el de otra acompañado del crugido de un vestido de mujer.

Loredano estaba de tal modo turbado, que no se atrevía á abrir los ojos ni á volver la cabeza por temor de hallarse frente á frente con el espectro de la leyenda, arrastrando un largo sudario de lienzo blanco.

Sintió posarse sobre sus hombros una mano, y oyó que una voz, en la que se notaba un poco de inquietud, preguntaba:

¿Qué es lo que pasa aquí, señor conde?

Era la voz de M. José de la Cruz.

LXI

LA RESURRECCION.

En la disposición de ánimo en que se hallaba, el conde habría recibido con alegría á su más mortal enemigo.

Así fué que al reconocer la fisonomía cordial de M. José, dió un profundo suspiro que desahogó su pecho. No se alarmó siquiera por la singular aparición del jóven en la casa á hora semejante y acompañado de su hija.

M. José, que lo libraba de la horrible pesadilla de la que había estado á punto de ser víctima, era bien venido.

— Yo no sé... respondió, pero aquí pasa alguna cosa diabólica... y si no, escuchad.

José, Loredano y Cipriana, los tres se callaron; escuchando con atención no tardaron en oír de nuevo aquel suspiro ahogado y agonizante que el cansancio había hecho suspender por un momento.

M. José palideció.

— En efecto, esto es cosa muy extraña, diríase que es un quejido de mujer.

Y acercándose al espejo y levantando la voz, gritó como si hablase con un ser invisible:

— Perdonadme si violo vuestras órdenes, pero creo de mi deber el hacerlo así.

Se calló de nuevo y escuchó con la mayor atención, como esperando una respuesta.

No se oyó ninguna palabra articulada todavía... solamente un grito ronco que tenía toda la significativa elocuencia de un llamamiento.

— Manos á la obra, exclamó volviéndose hácia sus dos compañeros. Alguna cosa me dice que todavía llegamos á tiempo de impedir una gran desgracia y un gran crimen. Venga una herramienta, una barra de hierro, un martillo, sea lo que quiera.

A su vez, M. José se volvía loco, pero loco de inquietud y de impaciencia.

No encontró sino la paleta de la chimenea, y poniéndola en el suelo, sujetando la parte plana con el pié, la torció con tal fuerza, que se le quedó el mango entre las manos.

Acercándose en seguida al espejo, examinó minuciosamente con la mayor atención los embutidos y cinceladuras del marco, y al llegar á cierta altura exclamó:

— Aquí debe estar.

El resorte que hacia bajar y subir el cristal no podía ponerse en juego y hacerlo maniobrar sino por la parte interior del oratorio, pero José esperaba que, forzándolo, conseguiría romper su mecanismo.

Se puso á trabajar con ardor, con frenesí, introduciendo la extremidad de su pinza improvisada por entre el borde del marco y la pared, y haciendo fuerza de arriba abajo con todo el peso de su cuerpo y el empuje de su brazo.

Cipriana y Loredano estaban pasmados mirándole trabajar, pero no se oponían á su obra, ni aun le interrumpían. Adivinaban que las circunstancias eran graves.

En fin, se llegó á oír un crugido seco como el de una hoja de acero que se rompe, y el mango de hierro con que maniobraba José se escapó con una fuerte sacudida de sus manos.

Loredano y Cipriana no pudieron contener un grito de sorpresa y de terror al mismo tiempo.

Haciendo un ruido espantoso como el de un trueno, ruido que hizo retremblar la pared y conmovió toda la casa, el espejo desapareció hundiéndose en la profundidad del pavimento, dejando ver el interior del oratorio, á oscuras en aquel momento.

En el medio, tendida y arrastrándose por el suelo con desesperados movimientos, se veía una forma humana, una forma de mujer que, enderezándose sobre sus codos, dió el último grito, un grito de alegría, y volvió á dejarse caer desvanecida sobre el suelo. Se había desmayado.

José corrió á la chimenea, se armó con un leño y hacia pedazos con él el cristal sin azogue que había reemplazado al cristal azogado cuanto este desapareció hundiéndose.

.....

Una hora después, la condesa de Monte-Cristo, acostada

en la cama de Cipriana, recibía los cuidados que su situación exigía, y que sus tres libertadores le prodigaban á porfía, y decía á José con una sonrisa de inefable agradecimiento :

— Esta es la segunda vez, hijo mio, que me habeis abierto la tumba que yo creía cerrada y sellada sobre mí para siempre...

Repuesto de su primera sorpresa, el conde de Puysaie, indicaba con sus miradas que deseaba alguna explicación.

Esta explicación la recibió completa, no de la boca de M. José, sino de la de la misma Elena de Rancogne. Le aclaró el drama desconocido de Noirmont; le contó la perversidad de Hércules Champion, en cuyos lazos había estado tan próximo á caer el mismo Loredano, á causa de su generosidad y probidad irreflexivas.

Después, haciendo una señal para que se saliesen fuera los dos jóvenes, y manifestando sus deseos de quedar á solas con el conde de Puysaie, le contó la grandeza de alma de M. José, su abnegación, que nunca se había desmentido, la sinceridad de su amor por Cipriana, amor de que ella sola había sido la confidente y que ella misma había fomentado.

Hizo más; le explicó al conde, que se sentía avergonzado de haber juzgado á M. José de una manera tan poco favorable y de haberse engañado de una manera tan grosera, que era á M. José, y no á otro, á quien era deudor del castigo del coronel Fritz, así como el haber conseguido frustrar los planes de M. Gigant, de quien Nini Moustache no había sido más que un instrumento demasiado dócil.

Le dijo que la restitución de la pobre arrepentida se había hecho con el dinero de Rancogne, dinero que, en definitiva, pertenecía á José, puesto que era él, y nadie más que él solo, el que lo había descubierto en las tenebrosas profundidades de aquella horrible sepultura, en donde parecía estar destinado á permanecer oculto y perdido eternamente.

— Y ese dinero le pertenece con un derecho mucho más legítimo del que vos os figurais, exclamó el conde con el mayor entusiasmo, si lo que yo me imagino es cierto, como crece.

Y entonces, á su vez, Loredano le contó á la condesa de Monte-Cristo la reciente entrevista que acababa de tener con Hércules Champion, las revelaciones inesperadas que le había hecho relativa al legítimo heredero de los Rancogne, llamado José.

Los dos pasaron el tiempo hasta el amanecer haciéndose sus mutuas confidencias, combinando sus proyectos y planes sobre el modo más seguro y más pronto de hacer patente la impostura, de apoderarse de los culpables y castigar en el acto á los asesinos.

El día, cuya aurora empezaba á despuntar, debía ser el de la lucha final, el de la prueba suprema que haría brillar, clara y patente como la luz del sol, el honor inmaculado de Rancogne.

Desde por la mañana, los empleados de la empresa de pompas fúnebres invadieron el palacio. Era el día de los fu-

nerales del baron Matifay, los cuales se celebraron según y conforme lo había ordenado el maestro de ceremonias.

Se cantó una misa con música á grande orquesta; se deslumbró á la muchedumbre con el brillante espectáculo del acompañamiento; se pronunciaron una media docena de discursos, cuyas frases y períodos sonoros y retumbantes tenían todos por objeto el alabar y ponderar las virtudes modestas y sublimes *del hombre más rico y más honrado de Francia*.

Mientras tanto, el conde de Puysaie, cuya falta de asistencia á la ceremonia, así como la de todos los miembros de la familia, había llamado la atención de los demás concurrentes, se ocupaba en hacer todos los preparativos necesarios, según había convenido con la condesa de Monte-Cristo, para recibir dignamente la visita de Hércules Champion y de sus dos asociados.

Cipriana y José, que se sentían tan completamente felices, como puede uno serlo cuando, después de haber pasado una noche tenebrosa y terrible que ha parecido eterna, vuelve á encontrarse uno á la luz de los rayos del sol, estaban arrojados á los dos lados del sillón en que se hallaba recostada Elena, muy quebrantada y rendida todavía. Estrechando entre las suyas las manos de los dos jóvenes, los miraba con un aire indefinible de ternura que no estaba exento de tristeza.

La relación de Loredano le había dado á conocer el valor del pliego cerrado y sellado que Champion había robado del oratorio.

Según las aseveraciones mismas de aquel miserable, este pliego contenía el secreto del nacimiento de José, y José pertenecía á aquella noble raza cuyos últimos descendientes había amado ella tanto.

José era sobrino de Jorge y de Octavio, era un Rancogne.

Lo mismo que decía la pequeña Rosa de otros tiempos, Elena repetía por lo bajo: « Los muertos tienen doble vista »; y acordándose de aquella escena que José le había contado tantas veces, escena y relato á los que no había dado grande importancia, repetía la profecía del Biassou: « Aun cuando el conde Octavio cayese en sus celadas; aun cuando la condesa Elena y el pobre ser inocente que va á nacer, fuesen sus víctimas, ¡ Rancogne está salvado! »

¡ Ay! sí, había sido su víctima la pobre inocente nacida en aquella noche de desgracias. Ella era la que debía estar allí á su lado, á los pies de su madre, en lugar de Cipriana. Ella era la que debía poner su suave y blanca mano en la mano leal y noble del conde José de Rancogne.

Y al pensar que hubiese sido posible aquel tierno descenso, su corazón se henchía de lágrimas; pero en seguida, cuando veía fijarse en su rostro inclinado la dulce mirada de Cipriana, rechazaba su tristeza y añadía por lo bajo:

— Nosotras hemos sido las víctimas expiatorias; ¿ pero qué importa, puesto que Rancogne está salvado? »

LXH

EL DESQUITE.

A la hora convenida, el conde de Puysaie estaba esperando en su gabinete á Hércules Champion.

Encima de la mesa, delante de él, tenía abierto el voluminoso registro que contenía los estados de la fortuna particular del baron Matifay.

A su derecha, los títulos de propiedad y de la renta formaban un protocolo respetable. A la izquierda, numerosos paquetes de títulos al portador y billetes del Banco, formaban otro grupo no menos voluminoso y respetable.

Loredano estaba pronto á rendir sus cuentas; y hasta leía en aquel momento con aire distraído el poder que le había conferido su hija Cipriana autorizándole para obrar con plena libertad en el negocio.

El conde estaba solo, pero de vez en cuando, se oía el murmullo de una conversación en voz baja en la pieza inmediata.

Entonces Loredano volviéndose hácia el lado de donde se oía aquella conversación, se ponía un dedo en la boca y pronunciaba un ¡ chuut! misterioso.

La conversación cesaba en seguida.

Larose llamó discretamente á la puerta exterior, la abrió y anunció, como hombre que sabe su obligación, á « los caballeros que espera el señor conde. »

Los caballeros entraron.

José María Tarantas formaba tan singular contraste con sus dos compañeros, que llamaba la atención. El solo que era el menos culpable, cuando había llegado el momento crítico de la lucha, se manifestaba con un aire resuelto á sostenerla á todo trance, costase lo que costase.

Toinon se hacía todo lo menos visible que podía, poniéndose detrás de Champion que había juzgado prudente ocultar sus ojos cubriéndoselos con unos grandes espejuelos verdes.

El conde se levantó pero sin separarse de su sillón, y señalando con la mano con una noble indiferencia aquellos legajos de papeles que representaban una fortuna colosal que él estaba dispuesto á restituir sin sentimiento, les dijo á los recién llegados:

— Ya veis, señores, que os estaba aguardando.

Champion no pudo disimular un estremecimiento de alegría.

Toinon, movido por un sentimiento instintivo casi involuntario, alargó sus manos con los dedos encorvados como ganchos.

En cuanto á José María, sintió que le subía al rostro un

encarnado vivo que iba á enrojecer sus mejillas, pero por un esfuerzo de voluntad extraordinario, consiguió hacer cesar los latidos de su corazón y permaneció pálido é impassible.

— Falta, solo, dijo Loredano, volviéndose cortesmente hacia Hércules, una simple formalidad que cumplir.

Vuestra relación tan clara, tan precisa y detallada, me ha convencido plenamente; sin embargo, ateniéndome á lo que resulta de esa misma relación, me parece que M. José de Rancogne no conoce sino de una manera muy imperfecta, y eso desde hace muy pocos días, el documento sobre que fundais vuestras relaciones y les sirve de base.

Permitidme pues, que se lo lea, volviéndolo á leer yo al mismo tiempo.

— No hallo en eso ningún inconveniente, dijo Champion, sacando el precioso documento de su cartera, y alargándoselo al conde.

Este lo tomó con la punta de los dedos, haciendo un gesto desdenoso que no pudo disimular enteramente, desdobló el papel plegado en cuatro dobleces, y empezó á leerlo.

Loredano, que hasta entonces había hablado en aquel tono de media voz particular á las gentes de fina educación, alzó su voz clara y sonora para leer aquel importante documento que valía tantos millones.

Se habría dicho que no leía solo para los testigos presentes, sino también para otros testigos ocultos en la pieza contigua.

Hé aquí lo que contenía aquel papel que no era otra cosa sino el testamento del Biassou.

« José, hijo mio, la obra que yo te he legado se halla terminada. Los malhechores han sido castigados: Rancogne está salvado, puesto que tú lees hoy estas líneas que yo he escrito y que te lego como la más preciosa de las recompensas, y para servirme á mí mismo de rehabilitación.

» La maldición paterna ha sido alzada, en fin; todas las penas y dolores que yo he costado é hice sufrir al conde Juan, mi padre y tu bisabuelo, tú los has devuelto y pagado, hijo mio querido, en abnegación y en riquezas.

» Tú puedes volver á ocupar, desde hoy, en el hogar de la casa paterna, el lugar que mi destierro había dejado vacío, porque esta casa, eres tú quien la ha vuelto á reedificar, y quien ha vuelto á reconstituir la familia.

» Yo nací caballero, y la voluntad de mi padre me hizo labriego. Tú has nacido labriego, y tu abnegación te vuelve á hacer caballero.

» Y tú, ¡ hijo nacido en medio de angustias y tristezas! ¡ tú contra quien se hallaban tendidos una multitud de lazos, aun antes de que nacieras! abre tus brazos, y estrecha en ellos al heredero de la raza desheredada, borra con una palabra, con una mirada, con un apretón de manos, con un beso filial, el sello de reprobación que marcó en ella mi criminal desobediencia, y reconoce en el humilde servidor que te ha sostenido y salvado, al digno vástago de los antiguos condes.

» Guillermo de Rancogne. »